

Realismo sí Pero No Tanto

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Oí de un secretario de Estado, en el ojo del huracán desde hace meses, la siguiente metáfora (de cuyos ribetes acaso literarios soy, sin embargo, responsable) para instar a los mexicanos a admitir el realismo en la operación de la economía nacional:

Durante la guerra de Intervención francesa, dentro de una ciudad sometida por el invasor a sitio, los tres generales mexicanos que comandan las tropas asediadas se reúnen para proponer qué hacer frente al enemigo.

Habla el primero, audaz y arrojado, y propone intentar romper el cerco, a todo costo, a sangre y fuego, —como se decía entonces— y más tratándose de un episodio bélico. Y si se fracasa en el empeño, añade,

y el enemigo entra en la ciudad, hay que destruirla toda, después de resistir hasta el último hombre, de tal manera que los franceses resulten dueños de un cementerio, de un campo de desolación. Que les cueste cara su victoria, finaliza.

Prudente y cauteloso, el segundo general, por lo contrario, se afirma partido de la rendición. El costo humano y material de resistir hasta el último hombre y hasta el baluarte final, razona, sería excesivo. Si caemos prisioneros, siempre podemos evadirnos para reiniciar la lucha, ofrece; y no causaremos a nuestros compatriotas que viven en este lugar el daño inmenso de su destrucción. Con vistas a rehacernos y reemprender la lucha así las condiciones no sean tan infortunadas como lo son hoy, rindámonos, propone conmovido a sus compañeros.

Calla el tercero. Hasta que su silencio, prolongado, empieza a causar una cierta molestia en los comandantes, que esperan la opinión que refuerce una de las dos vertidas antes, y en medio de las cuales no parece poder escogerse otra. Pero se engañan, porque después de meditar, y hacer notar que medita, el tercer general propone, simplemente:

—Hay que considerar que los franceses no existen, que no están allí afuera, y ya.

Y eso hemos hecho como sociedad y como gobierno, reflexionó grave el secretario, ya entonces y hoy con mayor razón en el corazón de las tormentas. Hemos preferido el tercer camino, la vía escapista de considerar que los franceses no existen, que no están allí asediándonos. A base de engaños recíprocos, la sociedad y el gobierno fueron paulatinamente construyendo un mundo irreal que debemos romper. La conclusión de este proceso de aproximarnos a la realidad deberá ser admitir que este es un país pobre, que debemos vivir como pobres, aunque nos cueste trabajo porque llegamos a considerar que somos ricos, y no es así.

El gobierno al que ese distinguido funcionario pertenece se ha empeñado en las últimas semanas en hacer verdad lo que de éste oí. Sistemáticamente, en las últimas semanas, (si bien con un énfasis sólo mayor, más acentuado que en los últimos meses) se ha empeñado en hacernos saber que somos pobres. Y lo ha logrado magistralmente. Hoy ya nadie lo duda. Tanto cundió la sensación de empobrecimiento generalizado, que aún los tenedores de dólares a los que se les devolvieron o devolverán pesos, se sintieron, el viernes 13 cuando acudieron a los bancos a su ritual, *scroogeano*, *macpatiano*, de recontar las ganancias del día, como si hubieran sido estafados por el gobierno.

Y la verdad, obviamente, es que no fue así. Fíjese usted. El gobierno les había dado a ganar, en sólo una semana, poco más de veinte pesos por cada

dólar, sin contar los centavos que cotidianamente engrosaban sus cuentas. No se trata, además, de personas pobres. Para abrir un depósito de dólares se requería un mínimo de dos mil billetes verdes. En unas horas, quienes canjearon cien mil pesos por esa cantidad tuvieron de pronto algo así como ciento cuarenta mil pesos. Una tasa de interés de cuarenta por ciento en tan breve lapso no ha sido ideada ni por los genios financieros del señor Reagan, que vaya que las ha hecho subir).

Pero si hasta los ricos y los gananciosos sienten que el realismo es como esos medicamentos que nos dicen van a curarnos, pero mientras tanto producen jaqueca, mareos y gastritis, de tan fuertes que son, no se requiere un gran esfuerzo para imaginar los efectos de ese realismo en los pobres empobrecidos.

Porque siempre es posible tener menos. Aún los que no tienen nada, aunque parezca paradójico, pueden resultar empobrecidos. Porque quien nada tiene, un desempleado crónico por ejemplo, o un pordiosero, acude a la ayuda de los demás, para no morir de hambre o de frío. Quien está en condición, así sea mínima de asistirlo, lo hace sobre sus propios márgenes de ahorro, así sean sumamente estrechos. Donde come uno comen dos, decimos, o proponemos ponerle más agua a los frijolitos. Pero con el realismo económico, muchos *unos* ya no comerán, y por lo tanto, no lo harán tampoco muchos *doces*. Y el agua y los frijolitos costarán más caros, por lo que ya no se podrá aumentar su volumen a voluntad.

El efecto más atroz del realismo económico es el desempleo, sin embargo. No es ni siquiera la reducción de los consumos, que hasta puede resultar saludable en ciertos estratos de la sociedad donde la publicidad los ha distorsionado. En cambio, perder el empleo, o no encontrar uno porque las empresas quiebran, reducen su personal, no se expanden, o sólo encuentran financiamiento carísimo para iniciar operaciones, y por lo tanto no lo hacen, milita no sólo contra la satisfacción de las necesidades materiales, sino contra la idea misma de que el hombre se realice por medio del trabajo, encuentre en él una de sus gratificaciones y se distinga así de la Naturaleza.

Con frialdad se ha dicho que el realismo tendrá, tiene ya como consecuencia hacer un saneamiento de la economía pública y privada, porque todo aquel que no sea competitivo saldrá del mercado, y poblarán el país sólo empresas eficientes. La idílica visión de un régimen así, donde el *management* rinda sus óptimos frutos, se rompe, sin embargo, por la sombra del ejército industrial de reserva, los miles, millones de casos de hombres sin empleo, sin destino, que pulularían alrededor de las bien amuralladas empresas, acudiendo todos los días al comienzo de los turnos, por si hay faltistas a los cuales suplir, y regresando a la casa cuando no ha habido trabajo a rumiar los efectos del realismo.

A partir de esa imagen, de ese panorama, habría que pensar en los necesarios límites del realismo económico. Llevada a sus últimas consecuencias, esta brillante doctrina, tan necesaria para poner orden en una economía tan quebrantada, conduce al imperio de la ley de la selva. En la guerra zoológica, en efecto, donde toda regulación es impensable, el pez grande se come al chico. En la guerra social, en los países capitalistas, los ricos dominan a los pobres, y los hacen perecer. Cuando en estos países el Estado se erige en árbitro para regular el conflicto social, son los ricos los que se oponen, porque de la falta de regulación derivan su ganancia. Por eso, aunque paguen costos porque el realismo los afecta también, son los que tienen los que más gritan.

Hace falta, entonces, no ser tan realistas. Un poco de economía social, por ejemplo, no haría daño, aunque no sea tan realista. Lo contrario del realismo no es necesariamente la ficción. En economía, lo contrario del realismo puede ser, por ejemplo, la justicia, que se parece poco a las condiciones realistas implantadas ahora. Y haría falta, también, un poco de ensoñación. Ni siquiera en los peores momentos de las peores crisis pierde el hombre su capacidad de amar, de gozar, de reír, de soñar.

23/VIII/82